

CLAUSURA DE ESTA DEL EJERCITO DE EN

Brig.

Las vicisitudes de la existencia, dentro del acostumbrado vaivén de contrastes que ellas suelen presentar son acogidas con reconocimiento y complacencia cuando los motivos y circunstancias que dan lugar a su desarrollo son producto de la buena providencia. No de otra manera califico yo al feliz hecho de hallarme ante tan distinguida concurrencia, dentro de la cual se destacan gentilísimas damas, miembros del cuerpo diplomático acreditado en este país, altos oficiales del Ejército de los Estados Unidos de América y de todos los alumnos que, provenientes de diferentes países de nuestro Continente, han venido a este centro de educación militar para mitigar su ansiedad de saber a la luz de modernas técnicas.

Por esa circunstancia privilegiada y por considerarme el menos merecedor del honor que hoy se me dispensa, doy mis más rendidos agradecimientos al señor General Theodore F. Bogart, Comandante del Ejército del Caribe,

quien ha tenido la gentileza de mi participación en este acto sobresaliente, del cual he de guardar recuerdo imperecedero en todos los momentos futuros de mi vida.

Permitidme, señoras y señores, que en un momento tan solemne como el presente no pueda menos que traer ante vosotros una evocación de aquellos próceres que, siglo y medio atrás y a despecho de todas las dificultades, aplicaron su vida y su devoción a asegurar la independencia política de los pueblos, al culto de la razón y al rescate de los valores humanos ante la tiranía: San Martín y O'higgins en el Sur; Bolívar, Santander, Sucre, Nariño y varios más en los territorios que constituyeron inicialmente la Gran Colombia; Arce y Morazán en Centro América y Washington en el Norte, son exponentes inconmensurables de visión fundamentada y voluntad férrea al servicio de un ideal. Personajes casi leyenda que antepusieron el sacrificio a la comodidad; que prefirieron

fluencia de la serpiente pudo transformar una conciencia y, por medio de ésta, el futuro de la humanidad. La versión presente ha sido una copia de magnitud universal y, en ella, la palabra sigue y seguirá obrando decisivamente sobre las conciencias, siempre que exista un ambiente apropiado para lograr los resultados apetecidos”.

De hecho, estamos viviendo un nuevo tipo de guerra; la tan mentada “Guerra fría”; y hay que ser sinceros al reconocer que ella ha sido implantada ya en nuestro ambiente político y espiritual. Al convenir que un confuso juego de presiones se ejerce sobre la mentalidad del hombre americano, el cual a sí mismo se denomina demócrata, más que todo, por tradición, se concluye que ese juego de tensiones se extiende también a la estructura de los gobiernos convencionales. Ello significa pues, que estamos padeciendo ese nuevo tipo de guerra: “subterránea, ambigua, insidiosa y no declarada, la cual con inflexible regularidad y exactitud va conquistando objetivos para el mundo comunista” con el agravante de que por sus características de ambigüedad y disimulo, gran porcentaje del común de las gentes insensatamente se niega a reconocerla e identificarla, pensando en soluciones utópicas que posiblemente solo conducen a la pérdida de tiempo.

Sin querer establecer que es preciso suprimir o cambiar radicalmente el instrumento militar convencional y sus métodos de lucha, sí es preciso significar “la necesidad de evolucionarlos, adaptarlos y aplicarlos, al mismo tiempo que ensanchar sus campos de estudio para lograr dominio, o por lo menos, conocer mejor, sobre esta cuarta dimensión, ya que en adelante los cuadros constitutivos de cualquier fuerza militar han de radicar en una capacidad tal de preparación intelectual como para obrar acertadamente y con ini-

ciativa en situaciones mutables, relativas tanto a la guerra convencional como a las variantes de la guerra fría”. Pero para la conducción de ésta, será indispensable acentuar las diferencias con la primera: las armas serán reemplazadas por la infiltración de ideas, cualquier ser con uso de razón podrá constituirse en combatiente y el escenario de los conflictos será más psicológico que geográfico. Sin embargo, dentro de ese nuevo panorama de contienda, el éxito en la lucha solo podrá lograrse mediante organizaciones esencialmente disciplinadas, adoctrinadas y equipadas, capaces de actuar con la necesaria flexibilidad y decisión. Por ello, en consonancia con las viejas pero nunca olvidadas teorías de la guerra, el instrumento militar de un país ha de seguir jugando papel tan importante como lo ha tenido a lo largo de toda la historia del género humano

En los tiempos presentes, las facilidades en la comunicación de ideas y la proliferación en los medios de expresión, el mayor desarrollo y los avances de la técnica, la prontitud con que las noticias llegan hoy día de un extremo a otro del globo y la permanente evolución en los métodos que fundamentan las ciencias económicas y sociales, han venido a transformar durante los últimos años la mentalidad de las gentes, sus aspiraciones, su manera de reaccionar ante los procesos normales de la vida de relación y a plantear nuevas situaciones que han de afrontar quienes tienen la misión de gobernar y conducir los destinos de los pueblos. Ya no es posible pensar en seguir utilizando los procedimientos caducos que, como residuo de organizaciones coloniales y paternalistas o como monopolio de los conocimientos, hacían posible el goce de los bienes y de las satisfacciones que la vida depara, para usufructo de unos pocos y

en perjuicio de los más numerosos, que, por injusto contraste en las relaciones humanas, son los menos favorecidos en sabiduría y dones de fortuna. Para evitar la inconformidad y el desasosiego de estos últimos, es preciso pensar en una transformación radical de la estructuración convencional, para dar paso a una solución evolutiva, conciente y planificada, que conduzca por etapas a la obtención del bien común mediante un armónico ajuste de los estratos económicos, sociales y políticos.

En esa tarea han de verse comprometidos todos los valores y potencialidades disponibles de cada pueblo: sin distinciones, con desinterés y voluntad, con el verdadero deseo e intención de dar existencia a conjuntos humanos dentro de los cuales primen el respeto a la razón y el buen uso de los derechos inalienables del ser pensante y sensitivo. Pues, como tal, éste tiene que ocupar un lugar y una función dentro del conglomerado y ello le da derecho a gobernar su propia vida y a participar, con la expresión de sus ideas y de su pensamiento, en la conformación de los destinos de la comunidad a que pertenece.

La justicia social ha venido a convertirse en uno de los más importantes propósitos nacionales de los pueblos latinoamericanos. Pues, "en los actuales momentos, con el desarrollo de una lucha ideológica donde el mayor atractivo para las masas, que aún no han alcanzado niveles mínimos de vida es la promesa de la solución de sus problemas, el objetivo político de los gobiernos y sociedades no es ya, primordialmente, la conquista de nuevos territorios o mercados, sino simplemente su propia supervivencia dentro de los moldes de la filosofía democrática, la cual está amenazada por el comunismo".

Como corolario, se impone una com-

cidencia de los dirigentes políticos de los diferentes matices en la enunciación de objetivos nacionales que conlleven una transformación acelerada, "no solo como imperativo humano y cristiano sino también como el único remedio para impedir la amenaza" del mundo materialista.

En los últimos dos años de la vida americana un tema ha ocupado muchas horas de discusión y estudio, a través de conferencias y labores sostenidos de gobiernos y entidades diferentes: "La Alianza para el progreso". Como instrumento diseñado para ayudar a estos pueblos a salir del subdesarrollo económico, implica además, el importante propósito de estimular el implantamiento de una verdadera democracia la cual, en su esencia, establece la igualdad de oportunidades y, por medio de esta, persigue la redención de millones de seres que, por el solo hecho de ostentar su condición humana, tienen derecho a un mínimo, acorde con sus requerimientos y aspiraciones.

Tal como lo aseguré en párrafos anteriores, las transformaciones que hayan de producirse, o que estén en desarrollo, requieren la convergencia de impulsos de todas las fuerzas vivas de nuestros pueblos. Y, por otra parte, "la Institución Armada, como todas las Instituciones del Estado, debe servir el propósito nacional", pues "si ese objetivo no existe, la Institución participa del vacío que experimenta la nación en la marcha hacia su destino". Siendo que la justicia social juega un papel predominante dentro de los fines últimos que se asigna el estado moderno, llegamos fácilmente a la conclusión de que las Fuerzas Armadas, como elemento vivo de un país cualquiera, no pueden menos que participar en la persecución de los objetivos políticos nacionales y, en particular, compartir la natural ambición por su desenvolvi-

miento económico y social. Este viene a ser, pues, el gran papel que de manera ineludible ha llegado a recaer sobre la Institución Armada como instrumento importantísimo dentro de la lucha ideológica que hoy día caracteriza la cuarta dimensión de la guerra. No importa qué nombre demos a esa campaña; llámese "Acción Cívica" o demoníase con cualquier otro título, para ello, cuenta con muchos factores de ventaja: el conocimiento directo del medio geográfico; el contacto estrecho con todas las capas sociales, tanto por su contribución interna como por el ambiente que la rodea; la diaria investigación de los hechos que afectan su propia organización y la misión que a ella pertenece; la disciplina de educación individual y de conjunto; el amor patrio y, en fin, tantas otras condiciones que hacen de tal institución un medio ideal para solidificar las raíces de un sistema popular en su organización política, para engrandecer la fé hacia los verdaderos sistemas de la democracia y para establecer bases más firmes en la búsqueda de la felicidad para cada pueblo.

Pudiera pensarse que las anteriores frases pretenden conducir a expresiones ambiguas que envuelven un sentido demagógico. Pero os aseguro, con toda la sinceridad de mis labios y la convicción de mi mente, que tales afirmaciones son solo el producto de experiencias que, con todo el dramatismo y la tragedia que siempre rodean al verdadero peligro, han dejado honda huella en las Fuerzas Militares y en el pueblo de mi país.

Mas volvamos a esta augusta reunión.

El recuerdo de aquel congreso, que ha debido ser admirable, conforme a la visión geopolítica del Libertador,

viene nuevamente a mí al contemplar a las personas que me circundan. Hombres provenientes de diferentes puntos de este idílico continente, pero unidos por los sólidos lazos que, en sí, constituyen la comunidad de ideales y la grandeza de la fé que cada cual alimenta. El hecho de estar aquí no debe aceptarse como el solo acto material de perseguir el perfeccionamiento técnico de nuestros ejércitos, sino que tiene además el amplio sentido de la confraternidad americana, para lograr una verdadera comprensión y satisfacer la necesidad imperiosa de la cooperación mutua. Hagamos en este momento acto de contrición y propósito de enmienda, para conocernos mejor los unos a los otros a través de la historia y de la geografía. Con ello cimentaremos la obra magistral que estuvo en el cerebro de nuestros próceres y contribuiremos al destino venturoso que todos ahincadamente anhelamos para nuestras patrias.

Señor Comandante de la Escuela Usarcarib:

Conocemos de años atrás las peripecias que han rodeado el surgir a la existencia y el desarrollo de esta Escuela de cerca hemos seguido las etapas de superación que ella ha sabido cubrir para mantenerse a la altura de las necesidades; con sinceridad hemos aplaudido los éxitos que ha alcanzado y con expectación optimista nos asomamos a su porvenir.

La labor cumplida, de la cual dan fé los centenares de estudiantes que por aquí han pasado, será reconocida a lo largo del tiempo y en la distancia; pero su verdadero mérito residirá siempre en que aquí se estructura una sola conciencia americana.

Gracias.